



LA QUINIELA Y EL MUNDO

VICTORIA CÁCERES

*“The eye altering,
alters all”*

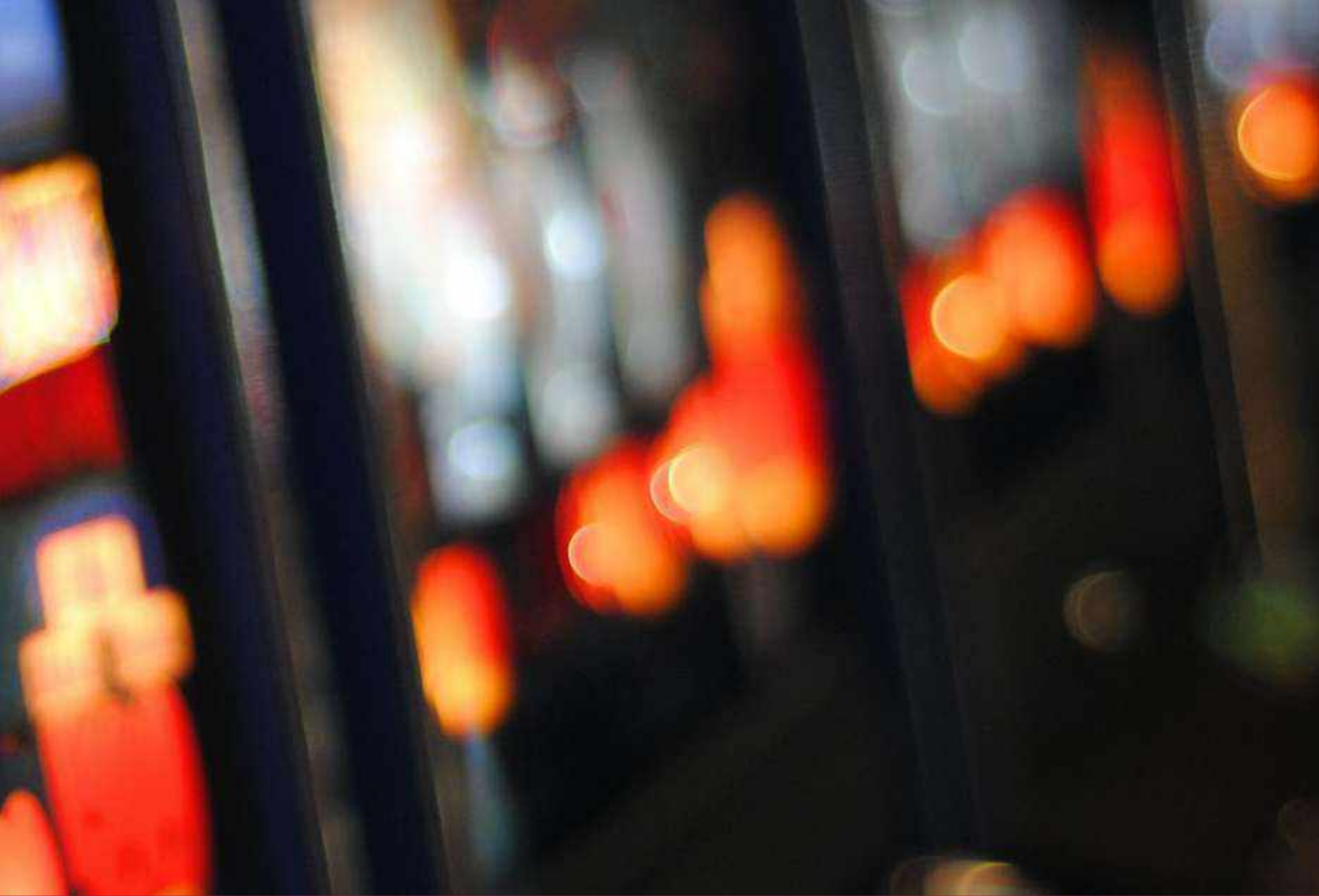
William Blake

Todos los individuos estamos sometidos a un mundo (o varios) que nos rodea y nos ofrece imágenes: están ahí, como paisajes pintados, desde el momento en que abrimos los ojos al despertar. Nuestro cerebro, sin embargo, necesita filtrar la información y seleccionar qué vemos, en qué orden y cómo; si dejáramos que todo lo que vemos nos invada, jamás podríamos accionar, teniendo que ordenar tantos datos.

El escritor opera a un nivel, por un lado, igual al de cualquier otra persona en su mundo privado y público; en sus funciones y roles, según se encuentre en su trabajo, con su familia, amigos o conocidos. Por otro lado, tiene

incorporado un sensor, no innato sino desarrollado en directa conexión con su profesión y objetivo: narrar. Para esto, la observación y la contemplación son clave. Alguien dijo una vez que para un escritor, todo lo que ve y vive es potencialmente un relato, poema o palabra escrita. En los anaqueles de la memoria del que escribe, están rotulados todo tipo de datos recolectados de lo que lo circunda. Y ni siquiera puede hablarse de una “memoria” sino de varias, ya que todo ser humano ve solo una porción de lo que registra; que a su vez se suma lo recogido por los otros sentidos del cuerpo.

Para el escritor las imágenes son



alimento, no solo para el paladar que degusta, sino nutriente esencial para producir historias. Lo que ve, sean colores, señales, carteles, luces, árboles, nubes, cielo, personas, gatos, colectivos, se incorpora a un sistema interno de procesamiento que puede tomar el dato y plantarlo tal cual en sus palabras (injertarlo, diría el filósofo Derrida); o someterlo a un proceso quasi-alquímico, en el que se combinará o asociará con otros elementos (visuales o no) para transmutar en algo más. Sin llegar a una analogía lineal, es casi como un escenógrafo que prepara una puesta en escena para el cine o el teatro. Solo que todo esto sucede de manera muy íntima, secreta, y muchas veces,

tan intuitiva, que ni siquiera el escritor está consciente de este camino.

Todo es potencialmente un signo, una señal, un símbolo a ser encajado, encastrado en el edificio de una historia. Como en un menú o en un supermercado, la persona elige entre varias, las opciones con las que luego puede hacer lo que desee. Culturalmente estamos entrenados para ver algunas cosas más que otras, a veces es cuestión de supervivencia: un semáforo en rojo, un perro que debemos esquivar, las manecillas del reloj; otras, depende del espíritu de nuestro tiempo, como las propagandas, afiches, vidrieras hacia los que

nuestros ojos se desvían para ingerir novedades.

Pero para el escritor, que ha sido en múltiples ocasiones comparado con un detective privado, es vital hacerse de una capa de observación íntima, donde presta atención al detalle, a lo aparentemente trivial, a lo pedestre, y ha de resignificar lo que el mundo cotidiano le da como ya configurado. El escritor debe sospechar de todo rótulo u ordenamiento previo; desarmar los pasos previos; cuestionar el andamiaje, para rearmar a su gusto el collage o mapa o fórmula o rompecabezas. Toda superficie aparentemente lisa se abre para ser diseccionada, explorada, ex-

cavada; el escritor adquiere a través de su oficio una capacidad similar a la de los ojos de rayos-x, capaces de ver lo que a primera vista no se puede y de agregar, customizado, lo que quiere ver y mostrar...

Aún así, las imágenes no provienen sólo del exterior (del exterior de uno, de la piel para afuera), sino que van y vienen en un flujo permanente que une y ramifica los sueños, las revelaciones, las epifanías, la inspiración con los estímulos externos, de una manera que es casi imposible delimitar esta geografía, el lugar en el que se origina, qué precede a qué. No es importante la genealogía, sino los mapas resultantes, los planos y maquetas, altares privados, rutas, sendas, nodos. De la misma forma ocurre en varios sistemas culturales que, pertenecientes a la vida cotidiana, adquieren un ordenamiento mezcla de lo errático y casual, pero que son tomados por la comunidad como pautas a seguir.

Un buen ejemplo es la Quiniela, un juego de azar argentino que, como todo juego, se basa en reglas que cualquier participante debe asumir, pero que, misteriosamente, conecta el mundo de los sueños, de las imágenes, de los números y del dinero. El soñador identifica un símbolo según un sueño reciente, lo busca en la cuadrilla diseñada por las categorías del juego, y apuesta dinero al número correspondiente:

N.º	Sueño	N.º	Sueño	N.º	Sueño	N.º	Sueño
00	Los huevos	25	La gallina	50	El pan	75	Los besos
01	El agua	26	La misa	51	El serrucho	76	Las llamas
02	El niño	27	El peine	52	La madre y el hijo	77	Las piernas
03	San Cono	28	El cerro/Las tetas	53	El barco	78	La prostituta
04	La cama	29	San Pedro/ Los ñoquis	54	La vaca	79	El ladrón
05	El gato	30	Santa Rosa	55	El gallego/La música	80	La bocha
06	El perro	31	La luz	56	La caída	81	Las flores
07	El revólver	32	El dinero	57	El jorobado	82	La pelea
08	El incendio	33	Cristo	58	El ahogado	83	El mal tiempo
09	El arroyo	34	La cabeza	59	La planta	84	La iglesia
10	El cañón	35	El pajarito	60	La virgen	85	La linterna
11	El minero	36	La manteca/castaña	61	La escopeta	86	El humo
12	El soldado	37	El dentista	62	La inundación	87	Los piojos
13	La yeta	38	Las piedras	63	El casamiento	88	El papa
14	El borracho	39	La lluvia	64	El llanto	89	La rata
15	La niña bonita	40	El cura	65	El cazador	90	El miedo
16	El anillo	41	El cuchillo	66	Las lombrices	91	La letrina
17	La desgracia	42	Las joyas	67	La mordida	92	El médico
18	La sangre	43	El balcón	68	Los sobrinos	93	El enamorado
19	El pescado	44	La cárcel	69	Los vicios	94	El cementerio
20	La fiesta	45	El vino	70	Soñar con estar muerto	95	Los anteojos
21	La mujer	46	Los tomates	71	El excremento	96	El marido
22	El loco	47	El muerto	72	La sorpresa	97	La mesa
23	El cocinero	48	El muerto que habla	73	El hospital	98	La lavandera
24	El caballo	49	La carne	74	La persona negra	99	Los hermanos

Este listado -que es oficial en cuanto a que rige para toda la Argentina, pero que a su vez es errático por ser los tópicos finitos e imposibles de categorizar, siguiendo un origen folclórico y mágico ancestral- es el patrón que usa el apostador para elegir el número. Por ejemplo, si ha soñado con alguien que murió y, en ese mismo sueño, esta persona le da un mensaje, elegirá el número 48, “el muerto que habla”.

Esta mezcla de inconsciente privado, significación individual, significación grupal y acto es muy similar al camino del escritor, con la diferencia de que la etapa “grupal” o socialmente convenida se remite al modelado de sus palabras para que constituyan lo que se conoce como “novela”, “cuento”, “poema” o cualquier otro género literario.

Creo fervientemente que todos los escritores tenemos una “quiniela” propia que nos guía; y la aplicamos a las historias que concebimos en nuestro cerebro, lugar desde el que constantemente tomamos decisiones aparentemente erráticas. Estas, sin embargo, modelan una narración que termina adquiriendo sentido e independencia de los sueños del narrador, y que contiene a su vez, tanto los rasgos mágicos y folclóricos de nuestros ancestros, como nuestra propia elección de creadores.

